

como las han de contemplar todas y á un tiempo mismo, todos serán igualmente bellos é indistintos en el orden y riqueza de su hermosura. Conocerás aquella especie que desde afuera alumbra á la materia, para que no sea invisible el último concierto de sus formas; conocerás la forma que entrelaza y unifica sus partes, la unidad que se absorbe todos los números, para que la cosa bella sea inteligible como una cosa bella; entenderás el principio de lo bello, que es Dios, su número, que es la riqueza de la idea arquetipa y la hermosura del espíritu, que es una idea del divino artífice que se trasluce en el artefacto, es decir, en nuestro cuerpo.

## PLATÓNICO.

Dime ahora, cristiano, qué es lo bello en la materia?

## CRISTIANO.

No sé si mis labios pronunciarán cosas verdaderas, pero aplica, como Museo cuando oía los dulces himnos de Orpheo, no oídos por ningún profano, toda la virtud de tu ingenio, y sígueme en las ficciones de mi mente juvenil.

En la materia existen todas las formas bellas, pero no se perciben sino hasta que el artífice marca sus límites. Los puntos de la línea que sobre el mármol traza, se ajustan cumplidamente á los marmóreos

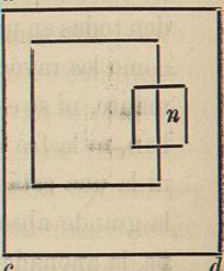


átomos que así estaban preordina-  
dos. Todas las bellas formas de la  
materia están en consonancia con  
las bellas razones del espíritu, ó  
más bien, las formas de la materia  
responden á las formas del espíri-  
tu, porque, cuando concibo una be-  
lla razón, entiendo que puedo ha-  
llarla en cualquiera parte de la ma-  
teria, que ya la expresaba fielmen-  
te millares de años antes de que yo  
existiera, y entiendo asimismo,  
que si actualmente no la percibo,  
es porque la forma, que á la bella  
idea corresponde, está entremez-  
clada, por maravillosa manera, con  
las otras formas, pues la materia  
la contiene todas: cada fragmen-  
to corpóreo comprende el Amor de

Praxíteles, la Minerva de Fidias,  
la Venus de Zeuxis, porque cada  
átomo es parte integral de todas  
y á un tiempo mismo, y dice or-  
den real á las formas allí confun-  
didas por tan maravillosa manera,  
que no parece sino que están com-  
penetradas. ¡Oh admirable armonía  
de la materia! por tí se concilian  
todas las formas, por tí se confun-  
den todas en un cuerpo cualquiera,  
como los rayos de la luz en un dia-  
mante, ni se excluyen, ni se estor-  
ban, ni la fea amengua á la bella,  
ni la una está fuera de la otra, ni  
la grande absorviendo á la peque-  
ña, la anonada, ni los mismos áto-  
mos que constituyen á la bella for-  
ma, dejan de ser parte formal á un



tiempo mismo de la fea, sino que cada forma está ó totalmente ó en parte dentro de otra, sin que por esto dejen de ser indistintas ó indiscernibles. Por tí la unidad de cada átomo es tan fecunda, como si fuera un número infinito de unidades, y es simultáneamente principio de unas formas y medio y fin de otras. El



cuadrado  $n$  existe en parte dentro del cuadrado  $d$  y totalmente dentro del cuadrado  $a b$   $c d$  y cuando el artífice lo adivina, por medio de la razón de su men-

te, eformalo, sin destruir las *actuales relaciones* que en el cuadrado existen, porque éstas subsisten en otros más pequeños semejantes. Las formas que allí existen, sacrifican su existencia en esta parte *individual* de la materia y en estas *individuales* dimensiones, para que exista el cuadrado  $n$  ú otra figura cualquiera, sea bella ó deforme. Hay en la materia una cierta homogeneidad y una tan maravillosa trabazón de sus partes, que una misma forma existe en todas ellas. Si las buscas de iguales dimensiones, su número es finito, aunque el cuerpo sea grande; pero son en número infinito, si las buscas en progresión aritmética de

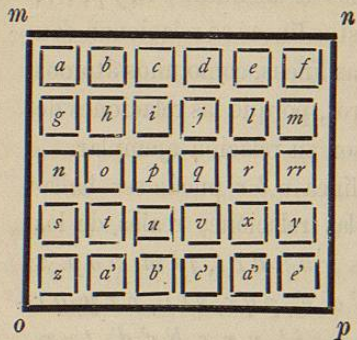


creciente en un cuerpo cualquiera, sea grande ó pequeño, y hallarás la forma misma en un solo cuerpo, donde quiera que la labres, y, en virtud de su infinita infinidad, hallarás, por el mismo modo y en igual número, no sólo esta forma, sino cuantas puedas imaginar.

El mármol donde labró Miguel Angel su Moisés, era apto para otra forma cualquiera, y allí donde eformó la arrogante cabeza, pudo haber labrado los hermosos piés, y de cada parte de su majestuoso cuerpo pudo y puede otro artífice educir innumerables formas á ésta semejantes y otras innumerables disímiles.

Aplica la atención de tu mente

á lo que voy á decirte, y lo entenderás mejor.



Sean los cuadrados *abcde* etc., etc. los átomos del cuadrado *mnop*. La línea *ad'* está formada por los átomos *ahpv* y son principio al tiempo mismo, no sólo en el entendimiento como podría pensarse, sino *in re* de las líneas *ab, hi*,

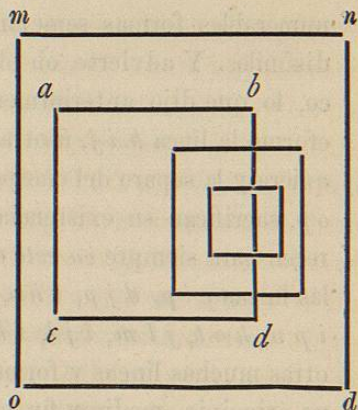


$p q, v x, d e'$ , y son la parte media de las líneas  $ch n, j p t, r v b$ ; y los extremos de las líneas  $ch, j p, r v, y d$ . Estas líneas se relacionan con las otras líneas, como unos átomos con otros, porque las relaciones de éstos son su relación ejemplar.

La línea  $abc$  puede ser hallada en las relaciones reales de los átomos  $g u i, d e f, j l m, n o p, z a' b', c' d' e', p q r, s t u, v x y, q r r r, c d e, i j l, u v x, b' c' d', t u v$ , etc., etc. Por aquí se ve, oh platónico, que, buscando formas de iguales dimensiones, es finito su número, y se manifiesta igualmente la maravillosa ley de las relaciones, por las cuales cada átomo es simultáneamente parte real de in-

numerables formas semejantes y disímiles. Y advierte, oh platónico, lo que dije anteriormente: si eformo la línea  $h i j$ , ú otra cualquiera y la separo del cuerpo  $m n o p$ , sacrifican su existencia y perecen para siempre *en este cuerpo* las líneas  $c i p, d j p, b h o, j p v, i p u, h o t, j l m, i j l, i h g$ , y otras muchas líneas y formas, cuyo principio, medio y fin está en estos átomos y en las líneas que ellos forman; de aquí que nuestros sentidos no perciban sino una sola forma en cada cuerpo. Cuando marco los límites del cuadrado  $abcd$  y llega á ser perceptible por mis sentidos, dejan de existir los otros cuadrados y todas las formas allí





confundidas; pero, así en el cuadrado *a b c d*, como en el fragmento restante, permanecen las mismas relaciones del cuadrado *m n o d*, por un modo invisible pero real.

Tú, oh Dios mío, eres el primer vencedor de la materia, la cual

existió, como dijo Porfirio, cuando la venciste con las formas; Tú la superaste abundantemente con la excelencia de tu arte y con tu luz irrestañable, y sólo á Tí se rindió desde el momento en que quisiste hacerla bella. Tú grabaste en la materia todas las bellas formas y en el espíritu todas las bellas razones y las hiciste concordar, por tan admirable modo, que cada bella forma de la materia responde á cada bella razón de la mente, como la línea, el círculo, la parábola á sus ecuaciones. Pero el alma que no sabe imitarte, en vano lucha con la materia, sin llegar á superarla, por que no se rinde al espíritu que, no conociendo sus bellas formas en las



bellas razones de la mente, no tiene sobre ella señorío; pero esta lid es benéfica para el espíritu que sabe imitarte, porque sale siempre victorioso. Si toma el cincel, lo mueve armónicamente al rededor de la forma que ve con los ojos espirituales, no en la materia, sino en el espejo del alma, destruye las primeras formas que, ávidas de manifestarse, aparecen y poco á poco, la vencida materia, ya no rebelde, sino sumisa, muestra la nítida forma que amorosamente escondía en su tenebroso seno. Y esta forma sensible llena de mágica virtud, derrama sobre el alma del artífice dulcísima paz, sosiega los ardientes y disímiles apetitos del espíri-

tu, y, con sólo contemplarla, renace en el alma el reposo de la primitiva naturaleza; penetrando su luz suavemente por todos los resquicios del alma oscura, se convierte en una luz espiritual y pacificadora, que alumbrava vivamente las ideas y afectos allí congregados, despierta en ellos el dormido amor de la armonía, cesan las luchas interiores del espíritu y entra espontáneamente en el goce de una contemplación purísima y tranquila. Alégrase la materia porque el artífice adivinó una de sus formas, alégrase asimismo el artífice, gloriase de su victoria, ama á su artefacto y sólo se aflige cuando piensa en la posibilidad de su destrucción.



Bendito sea el artífice que concordó las bellas razones de la mente y las bellas formas de la materia, que concilió y puso en admirable concierto el mundo de las ideas y el mundo de las formas! Bendito sea el Creador que llenó de claridad el éter purísimo de la mente é ilustró todas sus razones! Gloria infinita sea dada al Matemático eterno que creó tan admirable ecuación, que en un mundo de tinieblas escondió la expresión fidelísima de un mundo de luz. Loor y gloria al hombre que por medio del ritmo resuelve esta antítesis en un maravilloso armonismo!

En la materia están también los signos, pero su valor que es la cien-

cia, no está en la materia sino en la mente. Todas las formas de la materia tienen una virtud representativa que es, por decirlo así, meramente pasiva, porque no es sino la aptitud para recibir la información de la mente, y como el hombre, por una necesidad de su mixta naturaleza, sólo en la materia puede engendrar lo bello, era necesario que aun por lo que mira á las formas espirituales, á las que no responde ninguna forma objetiva, existiera una armonía recíproca entre el espíritu y el Universo.

PLATÓNICO.

Antes creía, oh cristiano, que existía en nuestra alma una forma



de hermosura y otra de deformidad y que los objetos nos parecían bellos ó deformes, según que con una de estas formas se coaptaban, y perseguía esta doctrina con el mismo entusiasmo que los antiguos platónicos y dos maravillosos ingenios españoles, dignos de honor y prez. Antes creía con Platón, con Máximo y con Plotino, que la materia era en sí despreciable, amaba, como Máximo, al mármol por la artística forma, y al espíritu no por lo que en sí es, sino por la idea que tiene de la primera hermosura, dotada de mente y pre-nunciadora de *la virtud futura*. Ya no creo con Plotino que el artista haga bella á la materia por la

participación ó infusión de la especie de su mente, porque no es sino el descubridor de sus latentes formas. Tu doctrina explica mejor que otra ninguna la inconsciencia que Platón buscaba en los rápsodas y la fresca espontaneidad y virtud intuitiva de los grandes artistas. Ahora entiendo que es mayor la riqueza arcana de las formas escondidas en el seno de la materia que las que contemplamos en su superficie; que hay más formas invisibles en un pequeño fragmento de mármol, que en toda la parte visible no sólo del mundo, sino de todos los mundos y de todos los soles. Ya no creo en fin con Marsilio Ficino, que, despojando á la materia



de sus formas pueda hallarse la pura idea. Tu sistema es el más bello de todos los sistemas, concuerda á Aristóteles con Platón y une estrechamente el mundo ideal y el mundo real; porque según tus palabras anteriores, la forma en su mundo corpóreo expresa á la razón ó idea de la mente y la idea ó razón de la mente expresa en el suyo incorpóreo á la forma.

Fuerza es que olvide una buena parte de los diálogos del Phedro y del Simposio, si he de seguir los vuelos de tu alma. Ya no creo que nuestras ideas sean residuos de óptimas contemplaciones, ni reminiscencias de la ciencia eterna aprendida en su mismo ejemplar; ya no

despreciaré á la pobre materia, pues veo que por el número prodigioso de sus formas es un vestigio de aquella otra que, según el más admirable de los filósofos de Tiro, no puede ser mirada con ojos corporales, ni con humanas palabras expresada. Olvidaré aquellas doctrinas que antes veía como simulacro de la ciencia altísima que nutría según Platón, la mente immaculada de los dioses y de los afortunados que le seguían.

Hubo un tiempo en que sufría mi espíritu al leer estas palabras del divino filósofo: "Muy pocos son los que conservan alguna memoria de las contemplaciones de la ciencia verdadera, pero los que conser-



van algunos recuerdos, en viendo alguna semejanza de lo que allí contemplaron, quedan estupefactos y fuera de sí mismos, mas no saben qué cosa sea este enajenamiento, porque no lo sienten cabalmente; ni contemplamos el esplendor de la justicia, de la templanza y de las demás virtudes preciosas y caras á las almas, en las imágenes que aquí vemos: son muy pocos los que apenas por medio de obscurísimos instrumentos, acercándose á estas imágenes, perciben la naturaleza de lo que representan: éranos entonces lícito contemplar la hermosura nítida, cuando con aquel coro dichosísimo que Júpiter guábaba, seguíamos la celeste visión y con-

templación." (1) Sufría porque veía á mi pobre alma antes partícipe de tan dichosa suerte, tráfuga ahora y arrojada en este cuerpo, por causa del cual pensaba que se obscurecían aquellas razones eternas, aquellas celestiales memorias; pero ahora, mientras alcanzo la comprensión y posesión de tu Belleza,

† Quamobrem pauci restant quibus satis memoriae supersit, hi vero quando hic similitudinem aliquam eorumquæ illic sunt intuentur, obstupescunt et non amplius sui compotes manent: quæ tamen hæc affectio sit ignorant, quia non satis omnino persentiunt; justitiæ quidem et temperantiæ et aliorum quæcumque animis pretiosa sunt, splendorem nullum in imaginibus, quæ hic sunt cernimus, sed per obscura instrumenta vix et perpauci ad eorum imagines accedentes ejus quod representatur genus adspiciunt: at pulchritudinem tunc licebat videre nitidam, quando cum beato illo choro felicem visionem contemplationemque sequuti. . . . etc., etc. (Phedro, pág. 715. Ed. de F. Didot.)



infinitamente superior á la del Phe-  
dro y del Symposio, haré porque mi  
alma viva en concordia con mi  
cuerpo y serenaré las tempestades  
que se susciten y me pacificaré in-  
teriormente, contemplando las ra-  
zones bellas de mi alma, mandando  
á mis ojos, á mis oídos, á mis ma-  
nos y á mi lengua, que las busquen  
en la materia, y por este orden pro-  
duciremos juntamente lo bello has-  
ta que llegue el día en que sólo mi  
alma contemple aquella Hermosu-  
ra que no es creada, ni hallada por  
humanos esfuerzos, ya sean razo-  
namientos, ya labores corpóreas;  
Belleza invisible á ojos carnales,  
que no puede ser oída con los oídos  
del cuerpo, ni palpada con sus ma-

nos. Hoy mi alma no puede volar,  
pero está, *como el ave que desdeña  
la tierra, mirando al cielo*, donde  
existe el Ente eterno, uno, purísi-  
mo y hermosísimo, luz de luces, que  
como dijo Porfirio, es mente y es-  
píritu, armonía y número. Tengo  
en mí mismo, me pertenecen quizá,  
más que mi cuerpo mortal, las ra-  
zones de lo bello y sé que están  
escondidas en mi alma, como las  
formas en la materia, dime cristia-  
no que haré, para que estas razo-  
nes estén bañadas por una luz in-  
deficiente, ¿que haré para que mis  
manos, muevan artísticamente el  
duro acero que labra el mármol, pa-  
ra que la luz del sol llegue á alum-  
brar las formas existentes en un



mundo que tú has llamado con los antiguos, de tinieblas? No veo ni el ritmo, ni la luz; mi alma es tan tenebrosa, como la materia; porqué no siento el soplo de la celeste Musa, ni el enajenamiento de los poetas líricos y de los corybantes, en percibiendo la armonía y el ritmo, por qué no hiere á mi alma el dios concitador que movía á los bacantes, para que, poseidas de divino furor y fuera de sí mismas, sacaran de los ríos leche y miel? por qué en fin, no puedo beber la dulce miel que rebosa en las fuentes perennes de mi alma, verdadero jardín y verjel de las Musas? Ningún mortal hallará lo bello, si no brilla en el espíritu su luz purí-

sima, y menos lo hallará, si no hay armonía entre el alma y el cuerpo; porque, de qué sirve que inunde su mente la luz eterna que la hermosura irradia, si el cuerpo rebelde no busca fuera de sí su fiel expresión: de qué sirve que esta mónada tenga una representación del Universo, como creo contigo y con Leibnitz, si los miembros del cuerpo, desligados de la mente, son incapaces para ballar las formas preciosísimas que por modo ideal y meramente inteligible existen en las almas?

CRISTIANO.

Así como según Plotino sólo el filósofo puede entrar en la patria

005682



de los espíritus, asimismo sólo el artista puede habitar en el paraíso delicioso de las formas. Si no has nacido artista te está vedado entrar en esta ciudad empírea, dulce patria de algunos espíritus predestinados; llora el descón-cierto de tu naturaleza; ten compasión de tu espíritu, de ese mago solitario que, para engendrar lo bello, donde quiera que sea, ha menester de un cuerpo que casi siempre es rebelde y, como el matemático que en una ecuación estudia las propiedades de las curvas, sin que las vea sensiblemente, contempla las razones de tu mente y en ellas las formas de la materia, ya que no pueden existir fuera de tí, ni por

ti grabadas con envidiable inmortalidad. Algún día quizá un artífice afortunado vea en el fondo de su alma las mismas razones que tú contemplas y las busque en la materia: entonces tus bellas razones, fuera de tí expresadas fielmente, vivirán por millares de siglos y las contemplarán todos los ojos mortales.

La luz, la sinfonía, la serenidad del aire, la quietud y silencio de los seres, la contemplación de los mundos lucíferos, despiertan las adormecidas ideas y hacen que el hombre sienta vivamente la indestructible armonía que existe entre la naturaleza y el espíritu y que renazca su mutuo amor. Como por



los ojos ño entran sino los rayos de la luz, cuando contemples la bella naturaleza, que es la más cabal semejanza de tu *yo*, serán el espejo en que se reflejarán todas las bellas formas en luz purísima convertidas. Y así como en el sosegado mar se reproducen el cielo azul y las innumerables estrellas, con tal fidelidad que en él podría estudiar, por largos siglos, el más sabio de los astrónomos, así en tus ojos se refleja la bella naturaleza y te envía sus primores en los rayos de su luz; tú bien entiendes que no podrían caber en un mar y en unos ojos tan pequeños los inmensos mundos que sobre ellos giran, si así en el mar, como en tus ojos, no exis-

tieran los séres, formados por líneas de luz. La sinfonía es la voz de la naturaleza y qué voz puede haber más dulce, para el que la entiende? es la voz de la materia que halla un eco maravilloso en el alma; por esto vibran al unísono con ella los afectos y producen un espiritual acorde, cuyas notas son los deseos de contemplación y de amor. El aire es la morada de la luz y del ritmo; la quietud y silencio de los séres, las estrellas inmóviles alejan las memorias tristes y nos sacan de este mundo, para transportarnos á otro, donde todo es reposo, serenidad, armonía, silencio y claridad.

No despreciéis la luz, que para ella fueron hechos tus ojos, ni la